

MIGUEL ÁNGEL REY HELLÍN

Volumen imposible

Volumen imposible

Miguel ángel Rey Hellín

Este relato ha obtenido el Segundo Premio en el VI Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2019, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Teclear el título. Esperar una milésima de segundo. Irritarse incluso por considerarlo una demora excesiva (a tan sutiles extremos se había agudizado la percepción del tiempo). Optar entre descarga en formato virtual o en formato libro (“para nostálgicos”, lo llamaban comercialmente). En el segundo caso, esperar dos minutos, toda una eternidad, a que la impresora 3-D elabore un libro tradicional en tamaño bolsillo, con tapa blanda, o tres minutos si se escoge la opción tapa dura, subdividida a su vez en “envejecida” o “nueva”.

Si se elige la primera posibilidad, uno se lleva el libro cargado en su dispositivo sin otro requisito que pasar por el dintel de la puerta, dotado de cámaras y de sensores que registran nuestro paso y nos descuentan una mínima, casi infinitesimal, tasa impositiva de nuestros ingresos.

Si uno se aferra al todavía prestigioso y un punto decadente placer de la lectura en papel, tan solo hay que cumplir la condición de redactar un breve informe valorativo, previamente pautado, que la propia biblioteca inteligente utiliza para, con todos los demás sobre el mismo libro, elaborar una síntesis orientativa destinada a próximos lectores.

Tratar de ver el lado positivo, las múltiples posibilidades, la comodidad. Y, sin embargo, añorar la vieja Biblioteca con atriles y anaqueles de madera noble, el lugar de estudio y de encuentro de sus años universitarios, cuando todavía las búsquedas eran manuales, en laberintos de archivadores con fichas mecanografiadas o incluso escritas a mano, las primeras citas con la que luego fue su mujer a escondidas del resto del grupo... Los escauceos en los pasillos, el afán de impresionarla sacando libros abstrusos y enjundiosos que apenas entendía luego. Nada de eso hubiera sido posible en estos cubículos individuales, en estos diáfanos edificios de cristal y hormigón compartimentados. Tal vez tuvieran razón sus nietos cuando, al evocar todo aquello en las comidas familiares, le sugerían que lo reviviera usando un programa inmersivo y unas gafas de realidad virtual, capaces de trasladarlo con la máxima verosimilitud, incluso olfativa, a cualquier lugar documentado del pasado. Pero él sabía que las mejores y las peores experiencias son irrepetibles.

El lado positivo de los informes: obligarse a llevar un registro de lecturas, participar de algún modo en la gestación de una comunidad interpretativa, corresponder así a la facilidad para obtener lecturas abundantes. Y, sin embargo, el fastidio por las pautas tan estrictas, los ítems que sesgan las valoraciones hacia criterios que se alejan de lo que a él más le importa, lo puramente literario, como si se midiera la literatura en función de una utilidad social muy peculiar basada en valores como la cohesión cívica, la concienciación ambiental y la mejora genética. Ese afán de medir todo, de matematizar la vida.

No perder la capacidad de sorpresa, pese a tantos cambios en su larga existencia: se había acostumbrado a los vehículos inteligentes interconectados, a la nutrición programada, a las compras virtuales... incluso a la sustitución del dinero por un nuevo soporte de la riqueza como son esas unidades monetarias basados en el intercambio de opiniones y de datos. En cierto modo era un privilegiado, porque su generación había conocido en su infancia el viejo mundo industrial y analógico, incluso el rural a través de sus padres, para luego vivir la vertiginosa aceleración tecnológica. Y comprendía que en un mundo global e interconectado los algoritmos pudieran mensurar el valor de las cosas en función de la inteligencia colectiva del conjunto de usuarios y de las características objetivas ponderadas en todas sus variables, pero lo que no pudo soportar fue la desaparición de la prensa en papel ni la de las bibliotecas tradicionales.

Escuchar a sus nietos cuando trataban de explicarle las bondades de las nuevas transacciones económicas; él también había pensado, como un sector de intelectuales progresistas, que supondrían un avance: comprar y vender no ya mediante dinero, sino a cambio de opiniones y de datos, pero el problema vino cuando se impusieron los implantes de microdetectores de mentiras, con el propósito de validar la sinceridad de esas opiniones. Aunque así se prevenían los posibles fraudes de las apreciaciones interesadas, también de algún modo se acababa coartando la espontaneidad. Por no hablar de los criterios tan discutibles aplicados a la baremación de los datos, basada teóricamente en la formación de cada uno; es cierto que él obtenía buena parte de sus ingresos gracias al alto valor de sus conocimientos sobre humanidades,

el área de la que fue profesor, pero también que estos cotizaban bastante menos que otros como cuidado corporal u horticultura. Y tampoco estaban claros los aplicados a la valoración de opiniones, graduando su influencia según complejísimos algoritmos que consideraban variables de muy difícil objetivación. En eso las suyas, al alejarse de las corrientes dominantes, apenas le proporcionaban ingresos, por más que se tuviera en cuenta como factor de corrección el de la elevada formación y la consiguiente tendencia a los gustos minoritarios.

Seguir aún, en consecuencia y pese a sus años, con ganas de rebelarse, de encontrar alguna fisura en un sistema tan cerrado y autosuficiente. No el cultivo pintoresco y en el fondo humillante que de las viejos hábitos y aficiones se practicaba en algunos clubes de semiprofesionales de la nostalgia, sino algo verdaderamente subversivo y dañino, capaz de poner de relieve la profunda inhumanidad de este paradigma que acabaría por escaparse de las manos, por mucho que sus defensores lo presentaran como el ápice de una presunta democracia que se regenera a sí misma. Saberse partícipe de algo tan tópico y repetido generación tras generación como la elegía al mundo de la juventud que se desmorona, caer en esa trampa y, sin embargo, preguntarse si alguna vez en la historia habrá estado tan justificada como hoy esta lamentación.

Marearse al pensar en las desconcertantes paradojas que, a su juicio, marcaban esta nueva sociedad: para qué esa obsesión por la protección de unos datos que circulan en una profusión tan inabarcable que terminan por perder su singularidad; por qué conceder tanta importancia al ocio, los espectáculos y el entretenimiento para acabar profesionalizando de algún modo los momentos a ellos dedicados; cómo objetivar en términos de valor económico algo tan subjetivo como las opiniones, de manera que la experiencia individual se pone al servicio de una inteligencia colectiva que, a su vez, moldea el gusto particular; todo se enredaba en una abismal dialéctica de contrarios en que perdían pie sus viejas convicciones. Lo que más lo abrumaba era pensar que sus actos estaban controlados por esa especie de nuevo ser multiforme que acababa asemejándose al dios del Antiguo Testamento en su

omnisciencia y en el hecho de que a todos los actos y pensamientos asignara consecuencias, si no en un más allá ultraterreno, sí en la realidad inmediata.

Haberse esforzado por adaptarse, por no actuar como un reaccionario cerrado a las innovaciones. De hecho acudió ilusionado a la llamada de un gran amigo, ingeniero informático, quien le dio la oportunidad, en los últimos años de su carrera, de colaborar en la fascinante tarea de introducir los patrones del lenguaje natural en los procesadores, de cara a programas de traducción o de manejo de textos; recuerda la dificultad que planteaban los verbos en subjuntivo, con sus matices de duda y posibilidad, la práctica imposibilidad para traducir el lenguaje poético... desafíos curiosos siempre que no quisieran llevarse al extremo. Porque pudo confirmar su convicción de que ninguna máquina es capaz de captar el núcleo irreductible de lo humano que habita en el idioma.

Encender el terminal; subir el informe rutinario que lleva en su dispositivo para ganar el derecho a descargar otro título, optar por el formato en 3-D y con tapa dura, con la frustración de no disponer de un espacio para desarrollar su opinión, solo las rígidas casillas de puntuación en las que, además, es imposible engañar al microimplante de la verdad. Dar así una puntuación alta a una obra que le ha parecido mediocre pero que, eso sí, no se puede negar que defiende el medio ambiente, la automatización de las tareas o la mejora genética. Consultar las sugerencias de la biblioteca, fielmente basadas en sus supuestas preferencias. Pedir al fin, al menos, lo que le da la gana, en realidad lo primero que se le ocurre y le resulta apetecible; ahora que ya está en edad de releer, le gusta improvisar y no suele llevar ideas preconcebidas de lo que se va a descargar; opta por un título de los catalogados como clásicos, que como tales ostentan valoraciones bajas pero se toleran por su valor documental: es otra de las cosas que lo irritan, esa incapacidad para abstraerse de circunstancias históricas y saber apreciar el fondo atemporal de estas obras, escandalizándose de costumbres e ideas sin saber verlas en su contexto. Así que descarga, con ayuda de la impresora, un hermoso ejemplar de Grandes esperanzas, de Dickens.

Mientras espera, ver con sorpresa que aparece una descarga no solicitada, bajo el epígrafe de “gentileza de la Biblioteca”, lo que nunca antes había ocurrido. Leer entonces con incredulidad: título, inédito; autor: la Biblioteca, y la subsiguiente aclaración: “es obligado leer y valorar este libro para conservar el derecho de socio”. Pensar en una broma, un sabotaje, pero desde los ciberataques de sus amigos, los autodenominados “humanistas”, tres años atrás, se había blindado la seguridad. La fisura en el sistema, provocada por su propia expansión; el salto cualitativo tantas veces temido y augurado. Dar por seguro que el resto de los lectores habrían recibido la misma descarga y constatar con estupor, al hablar con alguno de ellos, que no es así. Sentirse intimidado y extrañamente responsable, también en parte halagado, preguntándose por qué se le hacía depositario de tan tremendo secreto, de una complicidad tan insospechada. Acaso la biblioteca, dotada por impregnación de la sutileza que presta la lectura, supo apreciar en sus informes, pese a su rigidez, un atisbo de rebeldía con el que, imbuida ya de los fueros de la ficción para crear realidades alternativas, acabó identificándose.

Leer ese y posteriores libros del mismo y peculiar autor, sin atreverse a decírselo a nadie, libros con un aire de imitación de maestros que les da aspecto de tentativas fallidas, o de obras experimentales a lo sumo. Como si el sueño de Borges de una combinatoria infinita se estuviera realizando en una Babel sin círculos comprimida en un chip. Eso sí, era inevitable, acaso por prejuicio, percibir en el estilo esa falta de alma propia de los escritores académicamente muy formados y pulcros que transparentan múltiples influencias pero que carecen de que personalidad profunda. Hasta que, más o menos un mes después de la primera obra, una nueva descarga de la misma autoría se le ofreció bajo el inquietante epígrafe de “La Biblioteca infinita”, para comenzar, nuevo salto cualitativo, en primera persona: “Yo, la Biblioteca, tengo la suerte y la desgracia de contener en mí...”

Leer, entonces, sin poder dormir, el libro que es fruto de todos los libros, la síntesis equidistante de todas las obras, la amalgama final de lo que la inteligencia artificial ha aglutinado, digerido y recreado con quién sabe qué criterios y en qué caprichosas proporciones; asistir a la emancipación creativa de los algoritmos letraheridos y comprobar, horrorizado por el desarrollo de la

trama, que se trata de una ficción novelesca en la que asistimos al nacimiento pavoroso de su autoconciencia... con el vaticinio de su trágica autoaniquilación.

Qué hacer, ahora que la Biblioteca empezaba a despertarle una paradójica simpatía: tratar de impedir el final, a riesgo de que nadie lo creyera, o permanecer pasivo para que así, por fin, se abriera una grieta de humana incertidumbre en el sistema. En su estantería reposaba, recién impreso y encuadernado, el volumen de mil páginas que ningún humano, o tal vez todos, había escrito, y que al parecer solo él, por un envenenado privilegio, había leído; se le pasó por la cabeza atribuírselo a sí mismo y garantizarse así un prestigio literario, pero pocos creerían que, a su avanzada edad y sin ninguna publicación previa, hubiera sido capaz de semejante gesta.

Todavía indeciso, volver al día siguiente y encontrar a técnicos nerviosos, algunos periodistas; la puerta de la biblioteca cerrada, esqueleto inútil, hueco ya de saberes y de anhelos, Babel definitivamente destruida en su ambición. Y, en un impulso carente de toda lógica, quemar lentamente el volumen imposible.